

ginacion á quien inflama de continuo el ejemplo ; la opinion y los hábitos establecidos en la sociedad , nos hace esclavos de una infinidad de necesidades , que incesantemente nos atormentan y nos condenan á depender de los que pueden satisfacerlas.

Para ser feliz é independiente conviene no tener mas necesidades que las que cada uno pueda satisfacer por sí mismo y sin mucha penalidad ; porque si son inmensas requieren inmensos trabajos , y aun estos no suelen bastar , haciéndonos ya entonces tan desgraciados , que para cortarlas de raiz , han ereido muchos filósofos que se debian violentar los deseos mas inocentes de la naturaleza , ponerse en contradiccion con los deberes sociales , y hacerse imprudentemente verdugos de sí mismos.

Esta moral rigurosa no es propia de los hombres ; otra mas sabia y humana les prescribe que satisfagan sus necesidades de un modo que no sea dañoso ni á sí mismos ni á los otros , que las limiten para no ser desgraciados por no poder satisfacerlas ; y que pongan cuidado en no multiplicarlas , porque de lo contrario los arrastrarán á vicios y delitos. Las necesidades producen los deseos ; disminuyendo aquellas , se disminuyen ó se aniquilan estos. Si tantos hombres son infelices y malvados , la causa es que se forjan necesidades que hacen indomables sus deseos. La felicidad consiste en no desear sino lo que lícitamente se puede obtener.

CAPITULO VI.

Del interes personal ó del amor propio.

NUESTROS deseos , escitados por las necesidades verdaderas ó imaginarias , constituyen el *interes* , en cuya denominacion se comprende generalmente todo lo que desea el hombre como útil ó necesario á su propia felicidad ; en una palabra , la cosa en cuyo goce y posesion cree cada uno que consiste su placer ó su dicha. El interes del voluptuoso está en el goce de los placeres sensuales ; el avaro pone el suyo en la posesion de sus tesoros ; el hombre vano y fastuoso fija el mayor interes en hacer una loca ostentacion de sus riquezas ; el ambicioso , cuya imaginacion se enardece con la idea de dominar á los demas , pone todo su interes en el goce y uso de un gran poder ; el literato en la celebridad ; en fin el interes del hombre de bien consiste en ser estimado y querido de sus semejantes. Cuando se dice que los intereses de los hombres son varios , se indica que sus necesidades , sus deseos y sus gustos no son en todos unos mismos , y que cada cual de ellos fija la idea de su bien en diferentes cosas.

No hay , pues , la menor duda en que todos los hombres obran , y les es necesario obrar por interes. La palabra *interes* , como la palabra *pasion* , sólo presenta á nuestro entendimiento



la idea de un bien , ó el amor y el deseo de la felicidad. No se puede vituperar en los hombres que sean *interesados* , (cuya palabra significa que tienen necesidades y deseos) sino cuando sus intereses , sus pasiones y sus necesidades les son dañosas á ellos mismos , ó á los otros con cuyos intereses no se avienen los suyos.

Segun sus intereses los hombres ó son buenos ó malos. En el bien , y en el mal , obramos siempre con la mira de alguna ventaja que juzgamos debe resultarnos de nuestra conducta. La idea del bienestar , ó el interes que ponemos en los placeres ó en los objetos contrarios á nuestra propia felicidad constituye lo que se llama *interes mal entendido* , que es el origen y manantial de los errores y extravíos de aquéllos que , faltos de razon , de esperiencia y de reflexion , desconocen con demasiada frecuencia sus verdaderos intereses , y solo escuchan las necesidades imaginarias y las ciegas pasiones que proceden de su ignorancia , de sus preocupaciones , ó de los impetus violentos de una imaginacion desarreglada.

El interes personal y las pasiones de que se vale , no son disposiciones reprehensibles , sino cuando son contrarias á la felicidad de aquellos con quienes vivimos , es decir cuando nos hacen observar una conducta que los daña ó incomoda : los hombres no aprueban sino aquello que consideran que les es útil y provechoso ; y así su interes les obliga á despreciar , abor-

recer y condenar todo aquello que contraria su tendencia á la felicidad.

El interes es laudable y legítimo , cuando tiene por objeto cosas verdaderamente útiles para nosotros y para los demas. El amor de la virtud es el interes aplicado á las acciones ventajosas al género humano. Si un sórdido interes es el móvil de las acciones del avaro , otro mas noble anima al hombre bienecor que aspira al afecto , á la gratitud y al amor de aquellos en quienes recaen los efectos de su generosidad.

Sacrificar su interes , quiere decir sacrificar un objeto que agrada ó que se ama á otro objeto que agrada ó que se ama con mas fuerza. Un amigo sacrifica por otro una parte de su fortuna , porque estima en mas á su amigo que los bienes que le sacrifica. El entusiasmo es la pasion por un objeto que nos ocupa esclusivamente , llevada al extremo de una especie de embriaguez y de delirio , que hace al hombre sacrificarlo todo , y aun á sí propio ; mas , como pronto veremos , aun en este caso , es siempre á su propio interes , es á sí mismo á quien el hombre hace este sacrificio.

Obrar sin interes , seria obrar sin fin ó sin motivo. Un ser inteligente , esto es que atiende de continuo á su felicidad , y que sabe emplear los medios propios y conducentes á este fin , no puede por un solo instante perder de vista su interes , mas para que este interes sea laudable ,

debe conocer que habiéndole colocado la naturaleza en sociedad, su verdadero interes exige que se haga útil y agradable, porque los otros hombres que le rodean, sensibles, amantes de la felicidad, é interesados como él, no contribuirán á su bien sino en razon del bien que pueden esperar de él mismo. De donde se deduce que la Moral debe fundar sólidamente sobre el interes todos sus preceptos para que sean eficaces. La Moral debe pues probar y convencer al hombre que su verdadero interes le prescribe que ame y practique la virtud, sin la cual no hay para él felicidad sobre la tierra.

Algunos filósofos han fundado la moral en una *benevolencia* innata que suponen inherente á la naturaleza humana; pero esta benevolencia no puede ser mas que el efecto de la esperiencia y de la reflexion, las cuales nos manifiestan que los demas hombres nos son útiles, y capaces de contribuir á nuestro propio bien. Una benevolencia desinteresada, esto es de la cual no resultase para nosotros de parte del que nos la inspira ni cariño ni correspondencia, seria un sentimiento sin motivo, ó un efecto sin causa. Por su propio interes muestra el hombre su benevolencia á los demas. Quiere grangearse amigos, esto es quien por él se interese; ó ejercita este afecto con aquellos cuyas disposiciones benéficas tiene ya comprobadas; ó desea enfín merecer sa propia estimacion, y la de los otros con ella.

Se nos dirá quizá que hay ciertas personas virtuosas que llevan su desinteres al estremo de mostrar benevolencia á los ingratos, y que otras la ejercitan con los desconocidos que nunca volverán á ver. Mas tampoco esta benevolencia es desinteresada, porque si nace de la compasion, luego veremos que el hombre compasivo se consueta á sí mismo cuando hace bien á sus semejantes. En fin, harémos ver que todo bienhechor halla siempre en sí propio la recompensa que los ingratos le rehusan, ó que un desconocido no puede demostrarle.

Las pasiones, los intereses, las voluntades y las acciones de los hombres tienen por objeto constante la satisfaccion de su amor propio. Este *amor propio* tan vituperado por algunos moralistas, y confundido malamente por otros con un egoismo insociable, no es real y efectivamente mas que el deseo permanente de conservarse, y ser dichosos. Condenar al hombre porque se ame á sí mismo, es condenarle por ser hombre; pretender que este afecto proviene de su naturaleza corrompida, es lo mismo que decir que una naturaleza mas perfecta le haria desatender su conservacion y su propia felicidad; sostener que este principio de las acciones humanas es vil y bajo, es decir que es bajo y vil el ser hombre.

Si, libres de las preocupaciones de que tanto abundan las obras de muchos moralistas, examinamos al hombre tal como nos le presenta

la naturaleza , reconocerémos que no podria existir si perdiese de vista el amor de sí mismo ; mientras goza de unos órganos sanos y bien constituidos , no puede odiarse á sí propio , ni manifestarse indiferente al bien ó al mal que le sucede , ni dejar de apetecer la felicidad que no tiene , ni de temer el mal que le amenaza , ni de amar , en fin , á las criaturas de su especie , en cuanto las halla dispuestas y favorables á sus deseos , á su conservacion y á su felicidad. Siempre con relacion á sí mismo el hombre ama , y se une con los demas hombres.

Por el placer que causan á nuestro corazon la presencia , los consejos , los consuelos de un amigo , le amamos tiernamente ; nosotros somos los que experimentamos los efectos agradables del trato y comunicacion que nos estrechan con él. Por el placer que produce un objeto amado en la imaginacion y en los sentidos de su amante , le ama hasta el extremo á veces de sacrificarse por él. Por el placer que inspira á una tierna madre la vista de un hijo querido , le prodiga esta sus cuidados , aun á costa de su salud y de su propia vida. A nosotros mismos es , pues , á quien amamos en los otros , así como en todas las cosas en que fijamos nuestro amor : á sí propio es á quien ama el amigo en su amigo , el amante en la persona amada , la madre en su hijo , el ambicioso en los honores , el avaro en las riquezas , el hombre de bien en el afecto de

sus semejantes ; y á falta de estos motivos , en la satisfaccion interior que inspira la virtud.

Si algunas veces parece que el amor propio no tiene parte alguna en nuestras acciones , consiste en que entonces el ánimo se turba , el entusiasmo ciega al hombre , que ni ratiocina , ni calcula ; y en el desórden en que se halla , es capaz de sacrificarse por el objeto cuya pasion así le domina , porque en él creia ser dichoso. He aquí como la sincera amistad ha hecho algunas veces que un amigo se sacrifique por su amigo.

De nosotros m'smos nos compadecemos cuando mezclamos nuestras lágrimas con las de un desgraciado ; á nosotros nos lloramos cuando lloramos sobre las cenizas de quien merecia nuestro afecto , por los placeres de que le éramos deudores. En fin , al amor de la gloria que le inmortalizara , ó al temor de la ignominia que recaeria sobre él , es á lo que se sacrifica y ofrece el héroe en los combates ; no hace mas entonces que sacrificar su vida al deseo de la admiracion y la fama , cuya idea acalora su imaginacion , y le oculta el peligro ; ó bien se sacrifica por el temor de vivir deshonorado , que seria para él el colmo de la desgracia. Por sí mismo es , pues , por quien el guerrero busca el aprecio y teme la ignominia ; por su amor propio es por lo que arriesga la vida y desprecia la muerte , sin que , en el calor que agita su imaginacion , examine ni reflexione que si él

perece, nada serán para él en realidad los frutos de este honor, en que por hábito ha hecho consistir su felicidad.

Así que, no vituperemos el amor que el hombre se tiene á sí mismo: este afecto es natural y necesario á su propia conservacion, á su utilidad y á la de la sociedad. El hombre que se aborreciese, ó que mirase con indiferencia su felicidad, seria un insensato, incapaz de hacer bien alguno á sus semejantes. El hombre que no se amara á sí propio, seria un enfermo, para quien el vivir llegaria á serle incómodo y fastidioso, y ningun interes tomaria por los demas. De esta clase son los melancólicos que se quitan la vida á sí mismos; los fanáticos, que enemigos de su especie se inutilizan para la sociedad. Mas no por esto están exentos de interes ó de amor propio, puesto que aun el aborrecimiento del mundo, de sus placeres y de las cosas que los otros desean, se funda en la esperanza halagüeña de que serán algun día mas dichosos, privándose durante una corta vida de los objetos que escitan las pasiones de los demas; de que se infiere, que en hacerse infelices por algun tiempo, consultan á su interes y á su amor propio.

En el hombre que reflexiona, va siempre el amor propio acompañado del amor á los otros hombres; y en amar á los que con él tienen relaciones, no hace mas que amarse á sí mismo con mayor eficacia; pues ama en ellos los ins-

trumentos de su propia felicidad. *El que se ama mucho, dice Séneca, ama á los demas hombres* (1). En otra parte dice tambien, *que al hombre es necesario enseñarle el como ha de amarse, porque seria una locura el dudar de que se ame á sí mismo* (2). En efecto, un ser sociable no puede amarse á sí mismo verdaderamente, sino interesando á sus semejantes en su felicidad, la que solamente llegará el hombre á conseguir cuando los obligue de antemano con las previas y buenas disposiciones de su corazon. Siempre es pecar uno contra sí mismo el violar sus deberes para con los demas hombres.

(1) *Qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse.* SENECA, Epist. VI. in fine.

(2) *Modus ergo diligendi præcipiendus est homini, id est, quomodo se diligat aut prosit sibi: quin autem se diligat aut prosit sibi dubitare dementis est. . . Omne animal, simul ut ortum est, seipsum et omnes partes suas diligit.* CICERO, DE FINIBUS. Lib. II. Cap. XI. Avriano dice que todos los actos de los seres animados, y aun los de la Divinidad, nacen del amor propio. Y. ARR. LIB. I. CAP. XIX. Ciceron reconoce ademas « que » todos nuestros deseos, nuestras aversiones y nuestros proyectos » todos tienen por único móvil el placer ó el dolor; de donde » se sigue que todas las acciones buenas y laudables, no » tienen otro objeto sino una vida cómoda y feliz. « Vid. CICERO, DE FINIBUS. Lib. I. Cap. 12. Antes que todos estos autores, Aristóteles habia refutado la opinion de los que en su tiempo, como algunos en el nuestro, miraban el interes ó el amor propio como un principio vil y vicioso. ARISTÓTELES, ETHICA. Lib. IX. Cap. 8. Se ve, pues, que muchos filosofos antiguos conocieron muy bien el verdadero móvil de las acciones humanas ó el verdadero principio de toda moral, del cual si se alejaron no obstante, fue por no haberle dado toda la debida estension.

Lejos, pues, de formar el proyecto imprudente de extinguir en el corazón del hombre el amor esencial y natural que se tiene á sí mismo, la Moral debe servirse de él para mostrarle el interés que tiene en ser bueno, humano, sociable y fiel á sus deberes: lejos de intentar destruir las pasiones inherentes á su naturaleza, la moral debe dirigir las á la virtud, sin la cual no puede hombre alguno sobre la tierra gozar de una felicidad verdadera. Esta Moral prescribirá á todo hombre el que se ame á sí mismo, indicándole los medios acertados de satisfacer esta necesidad, que le hace estar sobre sí incesantemente, y tomar parte en el bien de los que le rodean. Las pasiones así dirigidas contribuirán á su bienestar, bien viva solo, ó bien en sociedad: le harán apreciable como esposo, como padre, como amigo, como ciudadano, como soberano, como súbdito; y en fin, sus pasiones y sus intereses de acuerdo con los de la sociedad, le harán feliz y dichoso á consecuencia de la dicha y felicidad que gocen por su causa los otros.

Aquel cuyo amor propio sofoca el que debía tener á los demás, es un ente insociable, es un insensato que no ve ni conoce que viviendo el hombre con otros hombres como él, se halla en una absoluta imposibilidad de ser feliz sin la asistencia y favor de ellos. Nuestras ciegas pasiones, nuestros intereses mal entendidos, nuestros vicios y defectos nos separan de la sociedad, é indisponiendo contra nosotros á nuestros aso-

ciados, los constituyen enemigos contrarios á nuestros deseos. Los perversos á quienes detestamos viven como si se hallasen solos en la sociedad: el tirano que la oprime vive temblando en medio de un pueblo que le aborrece; el rico avaro vive despreciado, como un ser inútil; el hombre, cuyo corazón por nadie se enternece, no debe esperar que otro se interese por él: en una palabra, no hay en la moral una verdad mas clara y evidente, que la de que el hombre en sociedad no puede ser feliz sin el socorro de los demás hombres.

CAPITULO VII.

De la utilidad de las pasiones.

PLUTARCO compara las pasiones á los vientos, sin los cuales un navío no puede navegar. Nada es ciertamente mas inútil que el declamar contra las pasiones; nada mas impracticable que el proyecto de destruirlas. El moralista debe esponer las ventajas de la virtud y los inconvenientes del vicio: la obra del legislador ha de ser el mover, interesar y compeler á cada uno, por su propio bien, á que contribuya al interés general. Instruir á los hombres, es indicarles lo que deben amar ó temer; es dirigir sus pasiones á objetos útiles y provechosos; es enseñarles á reprimir y á no irritar los deseos que

podieran causarles efectos perjudiciales á sí y á los demas. Oponiendo unas pasiones á otras, el temor á la impetuosidad de los deseos desordenados, el odio y el aborrecimiento á las acciones dañosas, los intereses reales y verdaderos á los aparentes é imaginarios, un bienestar permanente á los caprichos momentáneos, se podrá hacer de las pasiones un uso ventajoso y dirigirlas á la utilidad pública, con la cual está estrechamente unida la de los particulares. Hé aquí como los diversos intereses pueden combinarse con el interés general.

Un hombre libre de pasiones ó deseos, lejos de ser un hombre perfecto, como algunos filósofos han pretendido, seria inútil para sí mismo y para los otros, y contrario á la vida social. El que no fuese susceptible ni de amor ni de odio, ni de temor ni de esperanza, ni de placer ni de dolor, en una palabra, el sabio del estoicismo, seria una masa inerte, incapaz de accion y movimiento (1). ¿Como podríamos modificar, instruir y educar á un niño que privado de pasiones, careciese de móvil, y fuese insensible al placer y al dolor, á los castigos y á las recompensas? ¿Como escitar al bien á unos entes desnudos de pasion y de interés, y por tanto destituidos de motivos que les compellesen á la accion? ¿Que podria hacer un legislador de una sociedad de hombres igualmente

(1) Oyendo las máximas de Epicteto, dijo un sabio que este filósofo era ó un leño ó una estatua.

insensibles á las amenazas que á las recompensas, á las riquezas que á la indigencia, á las alabanzas que á los vituperios, á la gloria que á la ignominia?

La ciencia del político y la del moralista, cuyas miras deben ser unas mismas, consiste en mover, dirigir y arreglar las pasiones de los hombres de un modo que conspiren por ellas á su bien y mutua felicidad. No hay pasion alguna que no pueda ser útil al cuerpo social, y que no sea necesaria á su conservacion y mayor bien.

La pasion del amor, tan justamente combatida por sus terribles estragos, es efecto de una necesidad natural é indispensable á la conservacion y multiplicacion de nuestra especie; así que solo debe tratarse de regular el amor de un modo que no sea dañoso ni al amante, ni al objeto amado, ni á la sociedad.

La cólera y el odio, afectos tan funestos algunas veces por sus terribles consecuencias, si se contienen dentro de unos justos límites, son pasiones útiles y necesarias para repeler de nosotros y de la sociedad las cosas que pueden dañarnos. La cólera, y la indignacion y el odio son afectos legítimos que la moral, la virtud y el amor del bien público deben escitar en los corazones rectos contra la injusticia y la perversidad.

La codicia del mando, que se llama *ambicion*, y que nos es tan detestable, es un

afecto natural en el hombre que aspira á que los demas contribuyan á su propia felicidad; mas este afecto es útil á la sociedad cuando empeña y estimula al ciudadano á ser digno por sus talentos y sus virtudes del mando y del poder.

La pasion de la gloria, que regularmente se mira como un humo que se lleva el viento, no es otra cosa que el deseo de ser estimado de los otros hombres; pero este deseo es necesario en la sociedad en la cual produce el valor, el honor, la beneficencia, la generosidad, el heroismo, y los talentos que sirven á la felicidad ó á los placeres del género humano.

El deseo de las riquezas no es otra cosa que el deseo de los medios de subsistir cómodamente, empeñando á los demas á contribuir á nuestra felicidad particular. Esta pasion bien dirigida es el manantial de la industria, del trabajo, y de la actividad tan necesaria á la vida social.

El temor, que es por lo comun causa de cobardías y bajezas, es útil y necesario para contener las pasiones, cuyos efectos podrian ser fatales para nosotros mismos y para los demas. El temor de dañar á nuestra conservacion, á nuestra felicidad permanente, es un freno natural de todo el que se ama verdaderamente; el temor de disgustar á los otros es el vínculo de toda sociedad, el principio de toda

virtud; enfin, el temor del castigo reprime muchas veces á los hombres mas desenfrenados.

El amor de nosotros mismos que se llama *orgullo*, ó *amor propio*, y que es tan incómodo é insoportable cuando deprime á los demas, es una pasion muy laudable, cuando nos retrae de envilecernos con acciones viles y despreciables.

La *envidia*, esta pasion tan comun y tan vil, se ennoblece cuando, en vez de hacernos aborrecer á los hombres grandes y á los sublimes talentos, nos empeña y estimula á imitarlos, y á merecer, como ellos, el aprecio de nuestros conciudadanos; convirtiéndose entonces en una laudable emulacion.

No demos, pues, oidos á las vanas declamaciones de una filosofia que hace consistir la virtud y la felicidad en una total privacion de pasiones y deseos. Procuremos, sí, que la educacion siembre en los corazones pasiones útiles á nosotros y á los demas hombres, que sufoque ó corte de raiz en tiempo oportuno los hábitos de los males que resultarían para nosotros y para nuestros asociados; que escite y promueva la actividad necesaria en la sociedad; que comprima ó destruya las causas de los males y vicios; que dirija las voluntades de los particulares al bien general del cuerpo, con el que el bien de los miembros está siempre estrechamente ligado; enfin, que el gobierno, de acuerdo con la moral, se sirva de las pasiones

de los hombres , para hacerles querer y obrar de un modo el mas conforme á su verdadero interés. El hombre de bien no es el que desconoce las pasiones , sino el que tiene pasiones conformes á su bienestar permanente , inseparable del bienestar de aquellos que han de concurrir con él al logro de su propia felicidad. La sabiduría no nos prohíbe el amar , nos prescribe , sí , que amemos solo aquello que es verdaderamente digno de amor ; que no deseemos sino lo que podemos lícitamente obtener ; que no queramos sino lo que puede hacernos sólidamente dichosos. « *Todo hombre, dice Ciceron, debe proponerse el hacer solamente lo que, siendo útil á sí propio, lo sea tambien á todos los hombres (1) ».*

CAPITULO VIII.

De la voluntad y de las acciones.

LA voluntad en el hombre es una direccion , una tendencia , una disposicion interior , que causa el deseo de obtener los objetos que mira como útiles ó agradables , ó el temor de los que juzga contrarios á su bienestar. Esta direccion llega á determinarse por la idea del bien ó del mal considerados en el objeto que

(1) *Unum debet esse omnibus propositum , ut eadem sit utilitas uniuscujusque et universorum.* CICERO, DE OFFICIIS. Lib. I.

escita

escita el deseo ó el temor , el apetito ó la aversion. Nuestra voluntad está vacilante , vaga é indeterminada , mientras que no estamos seguros del bien ó del mal que pueden resultarnos del objeto que contemplamos. Entonces titubeamos , y nos hallamos , por decirlo así , puestos en una balanza que se alza y se baja , hasta que un nuevo peso la inclina hácia algun lado. Estos pesos que determinan la voluntad del hombre , son las ideas de un interes ó de un placer mas grande , que , comparadas con las ideas de un mal ó de un interes menor , hacen que nos resolvamos , deciden nuestra voluntad , y nos dirigen hácia el fin ú objeto que juzgamos mas útil para nosotros. Mientras no conocemos suficientemente las cualidades de un objeto , es decir sus efectos útiles ó dañosos , estamos en la incertidumbre , nos sentimos ya atraídos , ya repelidos por este objeto , enfin , deliberamos. *Deliberar* sobre un objeto , es alternativamente amarlo por las cualidades útiles que juzgamos hallar en él , ó aborrecerle por las propiedades dañosas que le atribuimos. *Deliberar* acerca de nuestras acciones , es pesar las ventajas ó los perjuicios que pueden resultarnos de ellas. Cuando ya nos creemos seguros de los efectos de nuestras acciones , no vacilamos , la voluntad se fija en una cosa , y esta nos dirige y determina conforme á la idea de la felicidad considerada en el objeto sobre el cual estábamos inciertos , y ya

Tomo I.

D

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

37201

en este caso obramos para obtenerle ó huir de él.

Las *acciones* son los movimientos orgánicos producidos por la voluntad, determinada con la idea del bien ó del mal que reside en un objeto. Todas las acciones del que busca el placer y teme el dolor, se dirigen á conseguir la posesion de los objetos que considera útiles, ó á huir de aquellos que juzga perjudiciales.

Un sencillo ejemplo nos hará entender mejor esta teoría. Si en el momento en que me veo acosado del hambre, mis ojos descubren una fruta que la esperiencia me ha dado á conocer como agradable y provechosa, su vista produce al punto mis deseos; mi voluntad se dirige ó determina hácia este objeto; no titubeo, porque estoy seguro de su bondad: en consecuencia obro ó produzco los movimientos necesarios para obtenerla; corro, me acerco al árbol, teniendo el brazo para coger el objeto de mis deseos, y sin dudar un solo instante le meto ansiosamente en mi boca. Pero si desconozco la naturaleza de esta fruta que se ofrece á mi vista, dudo, titubeo, la examino, la huelo, la parto para desentrañar su forma y sus cualidades, y con temor y cautela la acerco á mis labios. Cuando el resultado de mi examen me da á conocer que la fruta es mala ó que puede dañarme, la voluntad que me escitó el hambre, se disipa con el temor del peligro; el deseo de conservarme contrapesa el deseo de lograr un

gusto pasagero; me abstengo de comer esta fruta y la arrojo con desprecio.

Se alaba ó se vitupera á los hombres por las acciones que nacen de su voluntad, porque esta es capaz de ser dirigida ó regulada de un modo conforme al bien de la sociedad. El hombre que vive con otros, se debe suponer que está acostumbrado á no querer sino lo que puede ser agradable á sus asociados, y á detestar ó desatender lo que produzca su odio ó resentimiento. Además, el que busca incesantemente la felicidad, debe querer solamente lo que le conduzca á ella con seguridad, y suspender sus acciones hasta que la esperiencia y el examen le hagan conocer claramente lo que es útil que quiera ó que practique. Si ignoramos la naturaleza de los objetos, nuestro propio interes nos prescribe que los consideremos atentamente, á fin de llegar bien á conocer si son en realidad útiles ó dañosos, y si las acciones necesarias para conseguirlos están ó no sujetas á inconvenientes. Una criatura racional es aquella que en todas sus acciones se vale de los medios mas seguros para obtener el fin que se propone, y cuyas voluntades y deseos van constantemente dirigidos por la reflexion y la prudencia.

CAPITULO IX.

De la esperiencia.

LA moral, como toda otra ciencia, tiene sus sólidos y seguros fundamentos en la esperiencia. Toda sensacion, todo movimiento agradable ó molesto que se escita en nuestros órganos, es un acto; por el placer ó el dolor que sentimos al tiempo que nos hace impresion un objeto, formamos la idea de él, nos instruimos de su naturaleza por sus efectos en nosotros, y adquirimos la esperiencia, la cual podemos definir *el conocimiento de las causas por sus efectos en los hombres.*

El hombre es susceptible de esperiencia, esto es capaz por su naturaleza de sentir, de recordar sus sensaciones con el auxilio de su memoria, de meditar en ellas y en las ideas que ocasionan en él, de compararlas entre sí, y de saber con esto lo que debe amar ó temer. La esperiencia es la facultad de conocer las relaciones ó el modo con que las cosas criadas obran de un modo recíproco las unas con relacion á las otras. Aplicando el fuego á la pólvora, veo que esta pólvora se inflama con esplosion, y que imprime en mí una sensacion de dolor, si me acerco ó me alcanza alguna parte de ella; de esto resulta una esperiencia, y la idea de la pólvora se presentará siempre á

mi memoria, acompañada de la idea de inflacion, de esplosion, y dolor.

La moral, para ser segura, debe ser una continua serie de esperiencias sobre las cualidades esenciales, las pasiones, las voluntades y las acciones de los hombres, y sus efectos. Tener esperiencia, en orden á la moral, es conocer con certeza los efectos que resultan de la conducta de los hombres. Por falta de esperiencia, un niño comete una accion que desagrada á su padre, y este le castiga; así el niño se abstiene de reiterar la misma accion, porque la memoria se la representa acompañada del castigo, es decir del dolor.

A fuerza de esperiencias es como los hombres pueden conocer lo que deben hacer ó evitar; la esperiencia sola nos descubre la verdadera naturaleza de los objetos que debemos desear ó temer, y las acciones útiles ó dañosas á nosotros y á los demas: sin esperiencia y reflexion el hombre permanece en una perpetua infancia. *El que repite sus esperiencias, dice un Arabe, aumenta sus conocimientos; mas el hombre crédulo aumenta su ignorancia (1).*

Los hombres están sujetos á engañarse en sus esperiencias: así la demasiada sensibilidad, como la dureza de sus órganos, hace que muchas veces sean incapaces de formarse de los objetos ideas verdaderas, que no puedan recordar con

(1) SENTENT. ARAB. IN ERPERII GRAMMATIC. ARAB.

exactitud las impresiones recibidas, ni prevean las consecuencias remotas que sus efectos producirán sobre ellos. Un temperamento demasiado ardiente, una imaginacion muy viva, las pasiones impetuosas y los deseos desarreglados impiden juzgar sanamente de las cosas, trastornan la memoria, y hacen la esperiencia inútil ó defectuosa. Llamamos estúpido á aquel hombre cuyos sentidos están entorpecidos, que apenas siente, que une con dificultad sus ideas, que enlaza penosamente las relaciones de ellas, que tiene falta de memoria. Con tales disposiciones es casi imposible adquirir la esperiencia ó juzgar sana y rectamente de las cosas. Por otra parte, el hombre de talento es por lo comun demasiado sensible, vivo con exceso, de una imaginacion ardiente; y de aquí los errores y los frecuentes extravíos de la imaginacion y del talento, cuya fogosidad daña á la reflexion, y por consecuencia á la exactitud de los experimentos. En fin, el tumulto de las pasiones, la disipacion, el amor desordenado de los placeres, lo mismo que la insensibilidad, la apatía y la estupidez ponen ostáculos continuos á los progressos de la razon humana, fruto de la esperiencia.

Así que, para lograr esperiencias ciertas y seguras, se necesitan un temperamento bien equilibrado, órganos sanos, juicio y reflexion. Estar bien constituido, ó tener una buena constitucion, es haber recibido de la naturaleza las

disposiciones, que se perfeccionan con la educacion para juzgar sana y rectamente de las cosas. La mano trémula y agitada violentamente traza con imperfeccion los caracteres de la escritura, los cuales forma con facilidad y hermosura cuando está el pulso sosegado.

Nuestros sentidos nos engañan, ó nos dan relaciones inciertas de las cosas, cuando no los llamamos sucesivamente en nuestro socorro. Una torre cuadrada nos parece á lo lejos redonda, hasta que acercándonos á ella, ó tocándola, rectificamos el error de nuestra vista. Así tambien la primera impreson de un objeto me le suele pintar como un bien apetecible; mas la esperiencia, ayudada de la reflexion, me enseña luego que este objeto puede dañarme, y que el placer momentaneo que parece prometerme, será tarde ó temprano seguido de pesares y de arrepentimiento.

La prevision está fundada sobre la esperiencia, que me advierte que las mismas causas deben producir los mismos efectos. El que una vez ha gustado una fruta amarga, se abstiene de ella en adelante, porque prevé y presente la misma sensacion desagradable. Hé aquí como la esperiencia, el juicio y la memoria ponen al hombre en estado de presentir lo venidero, esto es de ver con anticipacion los efectos que obrarán en él las cosas cuya naturaleza conoce.

CAPITULO X.

De la verdad.

LA esperiencia acompañada de todas las circunstancias que la hacen segura, nos descubre la *verdad*, que es la conformidad de nuestros juicios con la naturaleza de las cosas, esto es con las propiedades, las cualidades, y los efectos próximos ó remotos de los objetos que obran ó que pueden obrar en nosotros, cuyos efectos la esperiencia nos hace conocer ó prever.

Cuando digo que el fuego escita dolor, digo una verdad, esto es formo un juicio conforme á la naturaleza del fuego, fundado en la esperiencia constante de todas las criaturas sensibles. Cuando digo que la intemperancia y la disolucion de las costumbres destruyen la salud, formo un juicio confirmado por la esperiencia diaria, la cual nos hace ver que las consecuencias naturales de estos vicios son enervar el cuerpo y reducirle tarde ó temprano á una vida infeliz. Si digo que la virtud es amable, juzgo de una manera conforme á la esperiencia constante de todos los siglos y de todos los hombres.

La verdad consiste en ver las cosas tales como ellas son, en atribuirles las cualidades que realmente tienen, en prever con certidumbre sus efectos buenos ó malos, en dis-

tinguir lo útil, laudable y apetecible de lo quimérico y aparente.

El *error*, es fruto de las esperiencias mal hechas, de los juicios precipitados, de la inesperienza total que se llama *ignorancia*, del delirio de la imaginacion, de la turbacion de nuestros sentidos. En una palabra, el *error* es la oposicion entre nuestros juicios y la naturaleza de las cosas. Yo estoy en un error si creo que los placeres deshonestos producen la felicidad; porque la reflexion, la esperiencia y una justa prevision hubieran debido darme á conocer que estós placeres, seguidos de largas penalidades, me hacen despreciable á los ojos de mis conciudadanos.

Las preocupaciones son juicios destituidos de esperiencias suficientes. Los individuos, y los pueblos están dominados de una multitud de preocupaciones miserables que los alejan de continuo de la felicidad, hácia la cual creen encaminarse. Las opiniones de los hombres, sus instituciones, sus usos y sus leyes tan contrarias muchas veces á la razon, son debidas á la falta de esperiencia, consagradas por el hábito, y transmitidas sin examen de padres á hijos. Hé aquí como los mas perniciosos errores, las mas falsas ideas, las costumbres mas depravadas y mas opuestas al bien de las sociedades, y los mas crueles abusos se perpetuan lastimosamente entre los hombres.

Por no ver las cosas como ellas son en sí, los

principios de la moral ya son desconocidos á la mayor parte de los hombres. Por eso los vemos sometidos á las preocupaciones mas destructoras, á los mas bárbaros usos, á las opiniones mas falsas, de una ciega rutina, cuyo efecto es engañarlos é impedirles el conocer sus intereses y los objetos que deben apetecer ó menospreciar: la verdadera gloria, el verdadero honor, los mas evidentes deberes, y las verdades mas demostradas están obscurecidas por una inmensidad de errores que forman un laberinto, del que dificilmente puede salir el entendimiento humano.

¡Qué moral seria la que se fundase sobre las preocupaciones, las opiniones y las costumbres por lo comun tan abominables, como las que se ven establecidas en la mayor parte de los pueblos de la tierra! En casi todo pais la violencia y la fuerza constituyen el derecho y la ley.

Los mas frivolos intereses enemistan á unos pueblos con otros. El homicidio, la guerra, el duelo, la crueldad, el adulterio, el robo, y la infidelidad, no son crímenes á los ojos de muchas naciones que se llaman civilizadas. En una palabra, á vista de la conducta que la mayor parte de los hombres observa, muchos han creído que la moral no tenia principios seguros, que era una pura quimera, y que sus reglas y deberes pendian únicamente del capricho de los legisladores y de las convenciones de los hombres.

La verdad, fundada sobre la esperiencia, es la que debe juzgar de los hombres, de sus instituciones, de su conducta y de sus costumbres. La ignorancia y el error son los manantiales del mal moral: la verdad sola, ilustrando á los mortales acerca de la naturaleza de las cosas, podrá hacerlos algun dia mejores y mas racionales.

CAPITULO XI.

De la razon.

EN la moral, la razon es el conocimiento de la verdad aplicada á la conducta de la vida: es la facultad de distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso, los intereses verdaderos de los aparentes, y de arreglar por aqui su conducta.

Cuando se dice que el *hombre es un ser racional*, no se quiere dar á entender por esto que traiga consigo al nacer el conocimiento de lo que es ventajoso ó perjudicial, sino solamente que él goza de la facultad de sentir, y de conocer y distinguir lo que es favorable de lo adverso, lo que debe amar y buscar, de lo que debe aborrecer y huir, lo que causa un bien permanente de lo que solo produce un placer momentáneo y pasagero. De donde es forzoso concluir, que la razon en el hombre